

HARRY TURTLEDOVE

EN PRESENCIA DE
MIS ENEMIGOS



¿Cómo sería hoy el mundo si los nazis hubieran ganado la II Guerra Mundial?

Heinrich Gimpel es un respetado oficial del mando supremo de la Armada alemana. Ciudadano ejemplar, vive en Berlín con su esposa y sus tres hijas, a quienes inculca los valores de la lealtad y la obediencia al Führer. La suya sería la perfecta familia aria... si no fuera porque no pertenece a la «raza superior». Como tantos otros berlineses, en un mundo dominado por los nazis, los Gimpel viven ocultando su condición de judíos: acatan las consignas del régimen ante los demás mientras rezan en soledad para que no les descubran. Ahora soplan vientos de cambio, y tendrán que elegir entre seguridad y libertad...

Para Ernest Turtledove, Herman Appelman, Bernard Appelman, Harry L. Turtledove, David R. Friesner y Ralph Shwartz, quienes, junto a tantos otros, ayudaron a garantizar que esta historia sea alternativa.

1

Heinrich Gimpel echó un vistazo al informe sobre su mesa para comprobar cuántos marcos del *Reich* habían recaudado de los Estados Unidos para las bases del *Wehrmacht* de Nueva York, Chicago y San Luis. Como había pensado, las cifras eran mayores que las de 2009. Bueno, los americanos podrían quejarse, pero aflojarían lo que les correspondía (y en divisa buena, además; nada de esos dólares inflacionistas suyos). En caso contrario, las divisiones panzer se extenderían sobre esas bases y tomarían lo que le pertenecía al Imperio Germano ese año. Y si al mismo tiempo derramaban algo de sangre, los EUA protestarían, pero apenas estarían en posición de devolver el ataque.

Heinrich introdujo las nuevas cifras en su ordenador y luego guardó el estudio en el que había estado trabajando los últimos dos días. El disco duro Zeiss ronroneó con suavidad como si se tragara los datos. Hizo dos copias de seguridad (era un hombre meticuloso y prudente) antes de apagar la máquina. Cuando se levantó de la mesa, se puso el gabán de su uniforme. En los primeros días de marzo en Berlín, el invierno se defendía de la primavera.

Willi Dorsch, quien compartía la oficina con Heinrich, también se incorporó.

—Dejémoslo por hoy, Heinrich —dijo, meneando la cabeza mientras se ponía su propio abrigo—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí, en el *Oberkommando der Wehrmacht*?

—Va a hacer doce años —respondió Heinrich, abrochándose los botones—. ¿Por qué?

Su amigo le tiró un dardo alegremente.

—Todo ese tiempo en el alto mando, bonito uniforme incluido, y sigues sin parecer un soldado.

—No puedo evitarlo —dijo Heinrich con un suspiro. Sabía muy bien que Willi tenía razón. Era un hombre alto, delgado y calvo de cuarenta y tantos, con tendencia a arrastrar los pies en vez de desfilarse con ellos. Llevaba el abrigo como si fuese de *tweed*, confeccionado para un afectado profesor inglés. Se puso la gorra alta en un ángulo inclinado y levantó una ceja, para ver la reacción de Willi. Este sacudió la cabeza. Heinrich se encogió de hombros y abrió las manos.

—Tendré que ser marcial por los dos —dijo Willi. Su gorra le confería un distinguido aire de gallardía—. ¿Vais a hacer algo para la cena de esta noche? —Los dos hombres no vivían lejos el uno del otro.

—En realidad, sí. Lo siento. Lise ha invitado a algunos amigos —dijo Heinrich—. Sin embargo, pronto quedaremos.

—Será mejor que así sea —dijo Willi—. Erika ya empieza otra vez con lo de cuánto te echa de menos. Me estoy poniendo celoso.

—Oh, *Quatsch* —dijo Heinrich, empleando la mordaz palabra berlinesa para «tonterías»—. Puede que necesite un ajuste de gafas. —Willi era rubio, rubicundo y musculoso, y ninguno de estos deseables adjetivos eran aplicables a Heinrich—. O a lo mejor es solo por mi juego de *bridge*.

Willi dio un respingo.

—Sabes cómo herir a un tipo, ¿eh? Venga, vamos.

El viento en el exterior de las dependencias militares parecía morder. Heinrich temblaba dentro de su gabán. Apuntó a la izquierda, hacia la Gran Cúpula.

—Los viejos dicen que el tamaño de esa cosa ha revuelto el clima.

—Los viejos siempre se quejan. Es lo que los hace viejos. —Pero la mirada de Willi siguió el dedo de Heinrich. Ambos veían la Gran Cúpula todos los días, pero rara vez la miraban de verdad—. Es grande, vale, ¿pero es lo bastante

grande para eso? Lo dudo. —Sin embargo, su voz también dudaba.

—Si me preguntas, es lo bastante enorme para casi cualquier maldita cosa —dijo Heinrich. La Gran Cúpula había sido erigida sesenta años antes, en medio del gran arrebatado de triunfo después de que Gran Bretaña y Rusia cayeran ante los planes y los *panzers* del Tercer Reich. Presumía de una cúpula que alcanzaba los doscientos veinte metros de altura, y tenía más de doscientos cincuenta metros de largo. Cabían dieciséis catedrales de San Pedro dentro de aquel gigantesco monumento a la grandeza de la raza aria. Los ricos de todo un continente conquistado habían pagado la construcción.

La propia cúpula, cubierta de cobre, capturaba la débil luz como una gran colina verde. En la cúspide, en lugar de una cruz, se alzaba un águila germánica con una esvástica en sus garras. Encima del águila, una luz roja se encendía y apagaba como aviso a los aviones que volaban bajo.

El estremecimiento de Willi Dorsch tenía poco que ver con el tiempo gélido.

—Me hace sentir diminuto.

—Es un templo al Reich y al *Volk*. Se supone que ha de hacerte sentir diminuto —contestó Heinrich—. Comparado con las necesidades de la raza alemana y del estado, cualquier hombre es diminuto.

—Nosotros les servimos. No ellos a nosotros —concedió Willi. Señaló por encima de la plaza Adolf Hitler hacia el palacio del *Führer*, en el lado opuesto de la inmensa plaza cuadrada adyacente a la Gran Cúpula—. Cuando Speer levantó el palacio, estaba preocupado por si su tamaño empujearía incluso a nuestro mismísimo Líder. —Y, de hecho, la balconada sobre la alta entrada a la residencia del *Führer* parecía una idea arquitectónica tardía.

La risa corta de Heinrich salió como una bocanada de humo.

—Ni siquiera Speer podía prever cómo le ayudaría la tecnología.

—Será mejor que la Policía de Seguridad no nos oiga hablar así de un *Reichvater*. —Willi también trató de reír, pero la carcajada sonó hueca. La Policía de Seguridad no era cosa de broma.

Sin embargo, Heinrich tenía razón. Cuando el palacio del Führer fue erigido, otra gigantesca águila había dominado el balcón desde el que el gobernador del Imperio Germano dirigía a sus ciudadanos. El águila había sido trasladada al tejado cuando Heinrich era un niño. En su lugar, apareció una enorme pantalla de televisión. La plaza Adolf Hitler tenía capacidad para un millón de personas. Cuando el Führer hablaba a las masas, hasta los de detrás tenían una buena vista.

Junto al edificio del Oberkommando der Wehrmacht se detuvo un autobús. Heinrich y Willi se subieron junto al resto de oficiales que engrasaban los engranajes de la máquina militar más poderosa que el mundo había conocido. Uno a uno, metieron sus tarjetas en la ranura. El ordenador del autobús restó a cada viajero 85 *pfennings*.

El autobús bajó por el ancho bulevar hacia la Estación Sur. Una miríada de burócratas de Berlín conformaba la mayoría del pasaje, pero no todo. Había un buen número de turistas, venidos de todo el mundo para ver la más maravillosa y terrible avenida del mundo. Indiferente como cualquier nativo, Heinrich solía prestar escasa atención a las maravillas de su ciudad natal. No obstante, siendo el día que era, las exclamaciones de admiración de la gente que las veía por primera vez le hicieron fijarse a él también.

Los centinelas de la división *Grossdeutschland*, con su uniforme ceremonial, desfilaban fuera de sus garitas. Los turistas de la acera, muchos de ellos japoneses, fotografiaban a los guardias del Führer. Dentro de los barracones, donde los turistas no podían verlas, había otras tropas con trajes de camuflaje. Tenían rifles de asalto, nada de esos

Gerehr 98 ceremoniales pasados de moda, y suficientes vehículos de asalto armados para convertir Berlín en escombros. No se quería que los visitantes del exterior pensarán en ellos. Ni tampoco la mayoría de los berlineses. Pero Heinrich calculaba el presupuesto del *Grossdeutschland* cada primavera. Sabía exactamente lo que había en los barracones.

Las luces de neón aparecieron enfrente de los teatros y los restaurantes cuando la oscuridad llegó. Oscuridad o luz, la gente entraba y salía del gran edificio de estilo románico que contenía una piscina climatizada del tamaño de un pequeño lago. Estaba abierto las veinticuatro horas para aquellos que querían hacer ejercicio, relajarse, o tan solo comerse con los ojos a los atractivos miembros del sexo opuesto. En Berlín lo llamaban *Heiratbad*, el baño nupcial, a veces transformado por los más cínicos en *Heiratbett*, el lecho nupcial.

Pasada la piscina, el Museo de los Soldados y el Ministerio Aeroespacial estaban frente a frente, uno a cada lado de la calle. El Museo de los Soldados era un monumento al triunfo de los ejércitos alemanes. Entre los recuerdos que preservaba con primor estaban el vagón de tren en el que Alemania se había rendido a Francia en 1918, y Francia ante Alemania en 1940; el primer Panzer IV que entró en el recinto del Kremlin; uno de los planeadores que habían dejado tropas en el sur de Inglaterra; y, tras un grueso cristal reforzado, los restos retorcidos y radioactivos de la Campana de la Libertad, excavada por prisioneros prescindibles de las ruinas de Filadelfia.

Los ancianos seguían llamando al Ministerio Aeroespacial la Oficina del *Reichsmarschall*, en memoria de Hermann Goring, el único hombre que jamás tuvo semejante rango. Willi Dorsch empleó su nombre más común cuando le dio un codazo a Heinrich y dijo:

—Me pregunto qué estará pasando estos días en la Jungla.

—Cualquier cosa —contestó Heinrich. Ambos rieron. El tejado del ministerio había sido cubierto con cuatro metros de tierra, en parte como protección contra las bombas aéreas, y luego replantado de manera suntuosa, en parte para satisfacer el gusto de Goring (su apartamento estaba en la planta superior). El *Reichsmarschall* llevaba muerto casi cincuenta años, pero las orgías que había montado en mitad del follaje seguían siendo una leyenda en Berlín.

—No somos como nuestros abuelos eran —dijo Willi—. En aquellos días, pensaban a lo grande y no se avergonzaban de ser extravagantes. —Suspiró con el lamento de un hombre al que se le han negado grandes cosas por culpa de la época en que le ha tocado vivir.

—Pobres de nosotros, condenados a lidiar con tareas pragmáticas —dijo Heinrich—. Las habilidades que necesitamos para gobernar el imperio son diferentes a las que la generación de Hitler utilizó para conquistarlo.

—Supongo. —Willi chasqueó la lengua entre los dientes—. Envidio tu satisfacción. Casi me enrolé en el Wehrmacht cuando acababa de salir de las *Hitler Jugend*. A veces creo que debería haberlo hecho. Hay una gran diferencia entre este uniforme —se pasó una mano por delante de su abrigo de doble pechera—, y los que llevan los soldados de verdad.

—¿Es tu corazón el que habla, o es solo que no recuerdas que ya no tienes dieciocho años? —dijo Heinrich. Su amigo dio un respingo, acusando el golpe—. Yo —continuó— lucharía si la *Vaterland* me necesitara, pero me alegro de no tener que llevar un arma.

—Es probable que todos nosotros estemos más a salvo porque no la llevas —dijo Willi.

—Eso también es verdad. —Heinrich se quitó sus gruesas gafas de montura de oro. La calle, el interior del autobús, e incluso Willi, se volvieron borrosos e indefinidos. Parpadeó un par de veces, y luego devolvió las gafas al puente de su nariz. El mundo recuperó sus contornos definidos.

El brillo de neón de las calles se atenuó mientras el autobús pasaba por las tiendas y los teatros y empezaba a recoger pasajeros de los ministerios de Interior, Transporte, Economía y Alimentación. *Más uniformes sin soldados dentro*, pensó Heinrich. Los edificios de los que procedían los nuevos viajeros cerraban por hoy.

Sin embargo, al igual que el Oberkommando der Wehrmacht, había dos ministerios que nunca dormían. Un nuevo turno entró en el Ministerio de Justicia para reemplazar a los trabajadores que se iban a casa. La justicia alemana no podía cerrar sus ojos, y pobre de los criminales o los perros mestizos sobre los que cayera su mirada omnipresente. Aun siendo un hombre absolutamente cumplidor con la ley, Heinrich seguía temblando un poco cada vez que pasaba por aquel edificio de fachada marmórea.

El Ministerio de las Colonias también era ajetreado. Gran parte del mundo entraba en su ámbito: los pueblos granjeros de Ucrania, las colonias mineras del centro de África, las plantaciones de té en la India, los ganaderos de las llanuras de Norteamérica... Como si hubiese cazado ese último pensamiento de la mente de Heinrich, Willi Dorsch dijo:

—¿Cuántos americanos se necesitan para enroscar una bombilla?

—Los americanos siempre han vivido en la oscuridad. — Heinrich rió con tristeza—. Ese me lo contó tu padre, Willi.

—Si así fue, parecía más tranquilo que yo. Los yanquis podrían haberse puesto difíciles.

—Por fortuna, «podrían haberse puesto» no cuenta. —El aislamiento y la neutralidad habían impedido a los Estados Unidos prestar atención cuando las potencias aliadas de Europa cayeron una tras otra. Se enfrentaron solos al Imperio Germano y a Japón una generación después... y los océanos no fueron lo bastante extensos para protegerlos de las bombas robot. Ahora trataban de ponerse en pie, pero el Reich no tenía intención de permitirlo.

Un poco después había otro monumento a la victoria alemana: el Arco del Triunfo de Hitler. Heinrich había estado en París de vacaciones y visitado el *Arc de Triomphe* al final de los *Champs Elysées*. Sirvió como modelo para el arco de Berlín, y también era a escala. El *Arc de Triomphe* solo tenía (¡solo!) 50 metros de alto, menos de la mitad que su titánico sucesor. El arco de Berlín medía casi ciento setenta metros de ancho y lo mismo de largo, así que el autobús tardó un buen rato en pasar por debajo, como si atravesara un túnel bajo una colina.

Cuando al fin emergió, la Estación del Sur ya no quedaba lejos. El edificio de la estación suponía un contraste interesante con los monumentales pilares de piedra que jalaban el resto de la avenida. Su exterior era de planchas de cobre y vidrio, lo que permitía al viajero una vista de las costillas metálicas que conformaban su esqueleto.

El autobús se detuvo al borde de la plaza de la estación. Junto al resto del pasaje, Heinrich y Willi se apearon y atravesaron la plaza hacia los grupos de personas que esperaban junto a los ascensores y las escaleras mecánicas. Caminaban entre más muestras de armamento de los enemigos caídos de los alemanes: los restos de un bombardero inglés dentro de un cubo de metacrilato, un panzer ruso de magnífico aspecto, la torreta de un submarino americano.

—Hacia las entrañas de la tierra —murmuró Willi mientras se agarraba al pasamanos de la escalera mecánica. El tren de Stahnsdorf salía del más bajo de los cuatro niveles de la estación.

Las señales, las flechas y los interminables anuncios del sistema de altavoces hacían que perderse dentro de la estación fuese imposible. Heinrich y Willi se abrieron paso hacia su línea de tren sin ser conscientes de ello. Al igual que la mayoría de los berlineses. Pero los enjambres de turistas eran como grava dentro de una maquinaria perfecta. Había chicos uniformados de las *Hitler Jugend* y chicas de la

Bund deutscher Mädel que ayudaban a todos aquellos para quienes ni las instrucciones más claras estaban claras.

De todas formas, los nativos se quejaban cuando los turistas se ponían en medio. Willi esquivó a un italiano excitado que había dejado caer su maleta barata con el fin de usar ambas manos para hacerle un gesto a un miembro de los Jóvenes de Hitler con camisa marrón, brazaletes con esvástica y *Lederhosen*, y gruñó:

—La gente como esta merece ser enviada a las duchas.

—Oh, venga, Willi, déjale vivir —contestó Heinrich con suavidad.

—Eres demasiado blando —dijo su amigo. Doblaron la última esquina y llegaron a la zona de espera. Willi miró el tablón de horarios de la pared y luego a su reloj—. Cinco minutos para el siguiente. No está mal.

—No —dijo Heinrich. El tren llegó a la estación dentro de los treinta segundos de tiempo estimado. Heinrich no pensó en ello mientras seguía a Willi hacia el vagón. Solo se daba cuenta cuando el tren llegaba tarde. Como habían hecho en el autobús, los dos hombres introdujeron sus tarjetas en el lector y se sentaron. En cuanto el ordenador contó tantos billetes expendidos como la capacidad del vagón, las puertas se cerraron con un siseo. Detrás de ellos, se llenaron tres vagones más. Después el tren comenzó a moverse. La aceleración empujó a Heinrich contra el tejido sintético de su asiento.

Veinte minutos después, una voz electrónica y metálica resonó desde los altavoces del techo:

—¡Stahnsdorf! ¡Esta parada es Stahnsdorf! ¡Pasajeros con destino a Stahnsdorf!

Heinrich y Willi ya estaban de pie frente a las puertas cuando estas volvieron a abrirse. Los dos viajeros se apearon y cruzaron la pequeña estación suburbana hacia la parada de autobús del exterior. Otros cinco minutos y Willi se levantó de su asiento en el autobús urbano.

—Hasta mañana, Heinrich.

—Saluda a Erika de mi parte.

—No estoy seguro de si debo —dijo Willi. Ambos hombres rieron. Dorsch se apeó y caminó hacia su casa, situada tres puertas más allá de la esquina.

Heinrich Gimpel siguió sentado durante unas paradas más. Luego, también se bajó. Su casa estaba al final de una calle sin salida, así que tuvo que caminar durante una manzana entera. *Bueno para la salud*, se dijo a sí mismo, un consuelo más fácil de creer en primavera y en verano que en invierno.

El clic de su llave entrando en la cerradura provocó gritos del interior de la casa.

—¡Papá!

Sonrió, abrió la puerta y cogió a sus tres hijas por turnos para darles un abrazo y un beso. Cada una se llevaba dos años con la anterior, desde diez hasta seis.

Después levantó también a su mujer. Lise Gimpel dio un chillido; aquello no era parte del ritual vespertino. Las niñas rieron.

—¡Bájame! —dijo Lise, indignada.

—No hasta que obtenga mi beso.

Ella fingió morderle la nariz en su lugar, pero luego dejó que él la besara. Este posó los pies de su esposa en la alfombra y la sostuvo un poco más antes de dejarla libre. Su mujer era un abrazo muy agradable: morena, ojos verdes, varios años más joven que él, y mantenía su figura muy bien. Cuando la soltó, Lise corrió de vuelta a la cocina.

—Quiero acabar de cocinar antes de que venga todo el mundo.

—De acuerdo. —Sonrió mientras observaba su retirada. Al tiempo que colgaba su abrigo y se quitaba la corbata, sus hijas le regalaron con historias del colegio. Escuchó tres relatos simultáneos lo mejor que pudo. Lise volvió a salir el

tiempo suficiente para alargarle una copa de *liebfraumilch*, y volvió a irse.

Las campanas repicaron antes de que ella saliera de la sala delantera. Se dio la vuelta y miró la puerta.

—Voy a matar a Susanna —declaró.

Heinrich miró su reloj.

—Esta noche solo llega diez minutos antes. Y sabes que siempre llega temprano, así que deberías haber estado preparada.

—Hmp... —rezongó Lise mientras iba a abrir a su amiga. Al mismo tiempo, las niñas empezaron a corear:

—¡Susanna es un balón de fútbol! ¡Tía Susanna es un balón de fútbol!

—Heinrich, ¿por qué me llaman balón de fútbol? —quiso saber Susanna Weiss. Estiraba el cuello para mirar hacia arriba—. Soy baja, sí, y no estoy demacrada como tú, pero tampoco soy redonda. —Se sacó el chaquetón de visón y lo puso en manos de él—. A ver, encárgate de esto.

A carcajadas, dio un golpe con los talones.

—*Jawohl, meine Dame*.

Ella aceptó el saludo como si lo mereciera.

—*Fräulein Doktor* y profesora será suficiente, gracias —enseñaba literatura medieval inglesa en la Universidad Friedrich Wilhelm. De pronto, y abandonando sus modos imperiales, también empezó a reírse—. Ahora que ya has colgado eso, ¿qué tal un abrazo?

—Lise no está vigilando. Supongo que podemos —Heinrich puso sus brazos alrededor de ella. Esta apenas llegaba a sus hombros, pero su vitalidad suplía con creces su falta de estatura.

Cuando se soltaron, él dijo:

—¿Por qué no vas a la cocina? Puedes fingir que ayudas a Lise mientras te acabas nuestro Glenfiddich.

—El güisqui casi justifica por sí solo la existencia de Escocia —dijo Susanna—. Es un lugar frío, nublado y rocoso,

así que tuvieron que hacer algo bueno para mantenerse calientes.

—Si ese es el motivo por el que la gente lo bebe, tu novio tuvo suerte de no haberse prendido fuego aquí, hace un par de años.

—Mi ex novio, *danken Gott dafür*. —De todas formas, Susanna se sonrojó hasta la raíz del cabello. Tenía la piel muy clara y fina, lo que permitió a Heinrich observar el avance del rubor desde la garganta—. Aún no había descubierto que era un borracho, Heinrich.

—Lo sé —dijo con amabilidad. Si le tomaba el pelo demasiado, perdería los nervios, y nada ni nadie estaría a salvo si eso ocurría—. Adelante. Lise está intentando hacer esa receta que le enviaste.

Las niñas abordaron a Susanna antes de que llegara a la cocina. A pesar de no haber estado casada nunca, era un excelente sucedáneo de tía. Se tomaba en serio a las chicas, escuchaba lo que tenían que decir, y las trataba como a pequeñas adultas. Heinrich sonrió. En realidad, ella misma era una adulta pequeña. Aunque sabía que sería mejor no decirlo en alto.

Walther y Esther Stutzman llegaron unos minutos después, con su hijo, Gottlieb, y su hija, Anna. Anna enseguida se fue con las niñas Gimpel; era un año mayor que Alicia, la mayor de las tres. Heinrich Gimpel miró a Gottlieb.

—Cielos, ¿eso es un bigote?

El joven Stutzman se tocó con un dedo el espacio entre la nariz y el labio superior.

—Lo será, espero. —De momento, la pelusilla era difícil de ver. Por un lado, acababa de cumplir 16. Por otro, su pelo era incluso más claro que el de su padre. Y para finalizar, había decidido dejarse sin afeitarse un bigotito de cepillo. El primer estilo del Führer se estaba poniendo otra vez de moda.

Walther Stutzman se diferenciaba de su hijo en apariencia solo por los veinte años de ventaja y la ausencia de